

—¿Os habéis decidido ya? Me alegro casi tanto como vosotros, y os bendigo.

El general de W... entró en el salón y se acercó á saludar á la joven.

—Tengo que dar á usted una noticia — le dijo Celia mientras él se inclinaba ante ésta.— Me he decidido á cederle á usted la alquería que corta una de las fincas de usted y que mi tutor se empeñaba en negarle.

—¡Ah! Me hace usted un favor señaladísimo.

—Ahora, permítame que le presente á mi novio Andrés Ivanovitch, que quiere dedicarse á la carrera militar y solicita la protección de usted. Joven y valiente, ha de esperarle un gran porvenir, y seguramente merecerá su estima ción.

—¿La mía?—exclamó el general después de un momento de confusión—Pues hay que saber soportar heroicamente una derrota. No puedo tenerla á usted mala voluntad por haber preferido á este joven. Me place la franqueza de su mirada y puede contar conmigo.

Los dos hombres cambiaron su cordial apretón de manos.

Se anunció que la cena estaba servida. Mientras pasaban todos al comedor, los novios pudieron dirigirse algunas palabras en voz baja.

Desde el día que entraste en mi casa—dijo Andrés,—cada minuto de mi vida, cada palabra de tus labios, han quedado grabados en mi alma.

—Tampoco yo he olvidado nada—contestó Celia.—Acuérdate lo que un día me digiste dirigiéndome tu hermosa y serena mirada: «no somos nosotros como usted cree: pegamos á las mujeres»... ¿Es verdad? ¿Me pegarás tú?...

LA BARQUERA DEL RIO AZUL

I

En aquel tiempo todavía era Nankin la capital de la China, florecía la dinastía de los Mings, y reinaba el emperador Hoaï-Tsong.

La ciudad, que tenía siete leguas de circunferencia, estaba encerrada en murallas formidables, tan espesas, que siempre era de noche bajo las triples puertas abovedadas que á largos trechos las perforaban. Sobre aquellas puertas se erguían fuertes castillos y altas torres, cuyas techumbres, de orillas levantadas, desaparecían bajo el ondear de banderas y gallardetes de mil colores.

Sobre las murallas velaban los centinelas; cerca de las puertas, soldados apoyados con bizarra apostura en sus lanzas hacían preguntas á cuantos llegaban.

El recinto de la ciudad contenía montañas, lagos y ríos. Las calles, anchas y rectas, llenas de soberbios palacios, ostentaban puertas triunfales de techos esculpidos y levantados, vislumbábase á lo lejos la alta torre de Li-cou-li, maravilla de las maravillas. Aquella torre, construída hace 2.700 años de orden del rey A-You, tenía al principio tres pisos; 1.200 años después de su fundación, el emperador Kien-Ouan la compuso é hizo sellar en sus muros las reliquias de Foo. Los Mongoles la quemaron mil años después,

pero Yong-Lo la reconstituyó, la dedicó á la emperatriz madre y la llamó Torre del Reconocimiento. Era altísima, porque tenía nueve galerías superpuestas; sus paredes, revestidas de porcelana amarilla, colorada y blanca, brillaban como las alas de un faisán. Los nueve techos, cubiertos de tejas verdes, parecían esmeraldas, y el viento producía música encantadora al sacudir las mil campanillas colgantes de cada piso; alzábanse en las azoteas estatuas de dioses y genios, y en la cima de la torre centelleaba como un sol una esfera de oro.

Umbrosos jardines cercaban en aquella época la torre de Li cou-li, y en ellos se ocultaban modestas viviendas de anchas techumbres construidas de madera de cedro. Cada jardín lo rodeaba una empalizada de bambú, cuya cancela se cerraba con un pestillo, y junto á cada puerta estaban sentados, sobre pilares de piedra, dos perros quiméricos ó dos dragones de bronce ó de madera carcomida.

Una tarde, durante el cuarto año de reinado del emperador Hoai-Tsong, algo antes de ponerse el sol, levantó un joven el pestillo de una puerta y salió de un jardín. Vió el lugar desierto y anduvo rápidamente á lo largo de la empalizada, sin hacer caso de las colgantes ramas que le rozaban el rostro.

Aquel joven era de alta estatura, bien formado y guapo; con ojos negros, rasgados y algo oblicuos, que estaban llenos de altivez; sus cejas eran finas y lisas como el terciopelo; su boca parecía una flor; llevaba una túnica de seda negra sembrada de hilos de oro y atada con un cinturón de seda azul, y del mismo color era su gorro.

Llegó á otro jardín y se detuvo.

No se oía más rumor que el de los pájaros en los árboles. La luz del poniente enrojecía el cielo y resplandecía la cima de la torre Li-cou-li.

El joven procuró mirar al jardín á través de las ramas, pero la tupida cortina del follaje le impedía ver; entonces dió una palmada leve al principio y otra más fuerte después.

A esta señal movióse el follaje y apareció una joven, de la cual sólo se veía la linda cabeza rodeada por las hojas.

—¿Eres tú, Li-Tso-Pé?—preguntó con amorosa sonrisa.

—Lon-Foo—contestó Li-Tso-Pé rápidamente, —ve junto á la tumba de los antepasados y allí nos encontraremos; sigue la calle de los Leones de Hierro, que yo tomaré otro camino.

—Voy corriendo—dijo Lon-Foo asustada por el triste aspecto de la casa de Li-Tso-Pé.

El joven se alejó ligeramente hacia el cementerio. Llegó á él mucho antes que la joven y se sentó en una tumba, á los pies de un ginete de piedra.

Sobre todas las tumbas se velan ginetes semejantes á éste. Las cuatro patas del caballo, fijas en la tierra, estaban cubiertas hasta la mitad por la alta hierba. Los guerreros llevaban traje de combate y blandían sus lanzas. También se veían largas avenidas con filas de dromedarios, elefantes ó leones, uno frente á otro. Todas aquellas estatuas resaltaban en negro sobre el cielo sonrosado ó azul pálido, y sus grandes sombras se extendían oblicuamente en el suelo.

Pronto una forma esbelta, graciosa, se deslizó á través del bosque formado por las patas robustas ó flacas de los animales de piedra, llegó á la tumba en que estaba sentado Li-Tso-Pé y se sentó junto á él.

—Aquí estoy—le dijo,—la angustia me oprime el corazón porque he visto que tu semblante está triste.

—Oye, Lon-Foo: mis padres quieren casarme con la hija de un gran magistrado.

—¡Es posible!—exclamó Lon-Foo poniéndose tan pálido como las piedras tumulares.

—No quiero seguir el uso que permite tener varias mujeres. No puedo dividir mi corazón, que es enteramente tuyo, pero ¿cómo resistir á mis padres?

—¡Metámonos los dos juntos en esta tumba!

—No, hija mía, somos demasiado jóvenes para morir y nuestro amor es inagotable manantial de felicidad, del cual hemos bebido aún muy pocos sorbos. ¿Quién sabe lo que nos reserva la muerte? Mira, he pensado una cosa, hoy mismo huiré de este país y permaneceré lejos, sin dar noticias mías hasta que la que me destinan sea de otro esposo.

Lon-Foo nada respondió; apoyó la cabeza en el hombro de su amigo y lloró en silencio.

—¡Ay!—dijo Li-Tso-Pé—esta separación es una desgracia, pero nos salva de otra más grande. Hay que procurar dar firmeza á nuestro corazón. Voy á dejarte, Lon-Foo—añadió suspirando y dejando caer la cabeza en las manos.—Verte un momento era mi alegría y no voy á verte ahora. Cada día será para mí como un año de padecer. Lon-Foo respondió con un sollozo, y el joven continuó:

—¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro? Estabas subida en un banco, cerca de la valla de tu jardín, para alcanzar una rama florida, y yo pasaba por la plaza de Li-cou-li. Era en otoño, mis pasos no sonaban sobre las hojas húmedas. Cuando te volviste, estaba yo muy cerca y te

vi sin darte tiempo á huir. Fuime, turbado por un sentimiento que no comprendía, pero que me preocupó todo el resto del día.

—Ya me acuerdo—dijo Lon-Foo,—también yo te había visto y toda la noche estuve pensando en ti.

—Al otro día volví, vi el banco y en el suelo la florida rama que habías dejado caer al verme. Pasé el brazo por la valla queriendo coger la rama y no pude lograrlo. Entonces salté dentro salvando la empalizada. y en aquel momento oí un ligero grito y me escapé asustado. Cuando pasé, al tercer día, estabas en medio de la alameda. Cambiamos una mirada y después una sonrisa (¿te acuerdas?) y te escondiste entre las ramas.

—Aquel día empezó la vida y hoy acaba—murmuró Lon-Foo.

—Después nos hemos visto diariamente, sin temor al sol ni á la nieve, hablándonos por encima de la valla de bambú, á través de las ramas, viviendo únicamente en los momentos en que nuestras manos se enlazaban, nuestras miradas se encontraban y nos decíamos los más íntimos pensamientos. Caen las hojas de los árboles, estamos en otoño y hace un año que nos amamos.

—Déjame morir sobre tu pecho después de este año de alegría, que no podré soportar tu ausencia. ¿Qué haré mañana? ¿Qué los siguientes días? Cada hoja del jardín me recordará lo pasado; cada estaca de la valla será un puñal para mi corazón.

—¿Preferes verme casado con otra, Lon-Foo? Ya ves cuánto padezco. Te dejo para conservarte algún tiempo de dolor; después, la dicha de toda la vida.

¿Quién sabe si el que parte volverá algún día? ¿Quién sabe si cuando vuelva estará aquí la que deja?—dijo Lon-Foo sollozando.

Y Li Tso-Pé contestó vencido por el llanto:

—¿Qué quieres que haga? Habla, bien mío, y me quedaré si lo mandas.

—No, no, vete. El día de tu boda sería el de mi muerte. Tendré fortaleza, y, suceda lo que quiera, te juro por la memoria de mi padre aquí enterrado, que nada hará cambiar mi corazón.

—Hasta la vista, pues, amada mía. El día acaba, hay que volver á casa. Hasta la hora de mi muerte, cada latido de mi corazón acompañará á un pensamiento para tí.

Los dos amantes se abrazaron estrechándose con violencia, se separaron y volvieron á acercarse, abrazándose de nuevo.

Cuando la joven atravesaba otra vez el cementerio, un hombre que oraba sobre una magnífica tumba, la vió y pareció asombrarse de su belleza. Notó sus lágrimas, y creyó que lloraba á un pariente recién muerto. Al salir del cementerio, aquel hombre hizo seña para que se alejase á la escolta que le acompañaba. No perdió de vista á la joven que, absorta en su dolor, nada miraba. La siguió, y cuando la vió entrar en su casa, escribió en sus tablillas: Plaza de la torre de Li-cou-li, casa de los dragones azules.

Lon Foo era huérfana. Su madre había muerto al darla á luz; su padre, en un glorioso combate. La joven vivía sola con su anciana abuela y algunos criados. Su fortuna era modesta, pero sobrada para sus necesidades. Lon-Foo tenía diecisiete años. Educada por aquella abuela llena de indulgencia, disfrutaba de una li-

bertad mayor de la concedida generalmente á las jóvenes chinas; bailaba poco y prefería la lectura á los juegos al aire libre. El cuarto interior en que acostumbraban á estar las mujeres la ahogaba, y especialmente desde que había conocido á Li Tso-Pé pasaba el tiempo en el jardín.

La noche en que se marchó su amante, Lon Foo no durmió y lloró sin cesar. Así es que á la mañana siguiente, cuando se miró en el espejo de acero pulimentado, semejante al disco de la luna, vió que tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y para no disgustar á su abuela quiso borrar las huellas del llanto y bañó varias veces su lindo rostro en agua fresca.

Mientras se ocupaba en eso, un golpe sobre el gong de la puerta de entrada la hizo estremecerse.

—¿Quién vendrá tan temprano?—se preguntó.

Y bajó precipitadamente desde su cuarto al piso bajo. Su abuela estaba ya bajo el alero, y dos criados corrían hacia la puerta del jardín; abierta ésta, no encontraron á nadie, únicamente hallaron un cofre de laca en el suelo, lo cogieron y lo llevaron á su dueña.

—¿Qué es esto?—exclamó la abuela alzando los brazos al cielo.—¿Es para nosotros ese cofrecillo?

—Hay una carta bajo el cordón de seda que lo ata—dijo un criado.

Lon Foo cogió la carta, escrita en papel colorado, y la abrió.

«A la hermosa Lon Foo, un poderoso ofrece estos objetos sin valor.»

—¡Dios, Foo!—dijo la abuela.—¡Un poderoso! ¿Y cómo te conoce?

—No sé—dijo la joven.—Sin duda es una broma, y el cofrecillo estará lleno de piedras.

Veamos—dijo la vieja levantando la tapa.

Las dos mujeres lanzaron al mismo tiempo un grito de sorpresa: un magnífico collar de perlas de Tartasia estaba enrollado en varias vueltas en el fondo de la caja, como una serpiente en reposo; las perlas eran del tamaño de los guisantes, todas semejantes y de sin igual pureza. En realidad hubiera sido imposible encontrar un collar como aquel en todo el imperio. El cofrecillo contenía además agujas para la cabeza guarnecidas de rubies y un aderezo completo: pulseras, broches, estuches para las uñas en seda verde, y todo calado con exquisita perfección.

¡Qué hermoso es todo esto! —decía la anciana dando palmadas.

¡En toda mi vida he visto nada tan magnífico!

—¿De dónde vendrá esto?—se decía Lon-Foo vagamente asustada.—Con seguridad no es Li-Tso-Pè quien me envía este collar que sólo podría llevar una reina.

Se pasó el día en conjeturas. Lon-Foo acabó por creer que ladrones perseguidos habían dejado el cofrecillo ante la puerta para no despertar sospechas. Empezó, pues, con ayuda de su abuela, á escribir una carta, explicando á los magistrados de la ciudad cuanto había ocurrido. Todavía no estaba terminado el escrito cuando resonó de nuevo el gong violentamente, y al mismo tiempo una multitud de pajes, de escuderos, de hombres con linternas, invadieron el jardín y se pusieron en filas á cada lado de la alameda.

Las dos mujeres, estupefactas, se adelanta-

ron bajo el alero de la casa y vieron acercarse á ellas un mandarín de primera clase, con gran traje de gala, seguido de dos hombres, de los cuales uno llevaba el quitasol de honor y otro un sello de cristal en un cajón de seda.

El mandarín se fué derecho á la joven y se arrodilló ante ella.

—¿Eres tú quien se llama Lon-Foo?—preguntó humildemente.

—Sí—baluceó la joven temblando.

—Pues bien, joven más dichosa que todas las mujeres del reino, beldad privilegiada, á quien sólo puedo hablar de rodillas: has de saber que aquel cuyos presentes has recibido esta mañana, el que me envía á tí, es el hombre ante quien todo se inclina y tiembla, el dueño de la vida de todos, el emperador de la China.

¡El emperador!—exclamó la abuela dejándose caer sobre la silla.

—¡Sí! ¡El mismo hijo del cielo!—dijo el mandarín.—Ha visto á Lon-Foo volver del cementerio y ha experimentado por ella una pasión violenta que no le deja descansar. Hace saber á la que ama que quiere tomarla por mujer, y que mañana su magnífico cortejo vendrá á buscarla para conducirla con gran pompa al palacio imperial. Supongo que cuando sea la esposa favorita de nuestro amo, la hermosa Lon Foo no olvidará al mensajero que le ha traído la primera noticia. Y después de nuevos saludos, el mandarín se fué sin que Lon-Foo, aterrada, pudiera pronunciar una palabra.

El alegre asombro de la abuela era tan profundo que no le dejó notar la tristeza ni el espanto de Lon-Foo. Envió á buscar á todos sus conocidos, para darles la buena noticia, y pronto se llenó de gente toda la casa.

Lon-Foo recibió sus felicitaciones sin parecer enterarse de quienes se juntaban á su alrededor; ni hablaba ni miraba. Muchos creyeron que su nueva posición la hacía ya altanera y desdenosa.

Cuando llegó la noche, Lon-Foo se retiró á su alcoba, se dejó caer en una silla y permaneció largo tiempo inmóvil, con la mirada fija en el suelo. De pronto se levantó, y saliendo del estupor que la entumecía, dijo:

—Hay que obrar inmediatamente... Aun soy libre, y mañana, en aquel palacio, estaría ya presa.

Entreabrió la puerta de la alcoba de su abuela y oyó su respiración fuerte y regular; la anciana dormía. Salió al pasillo y escuchó de nuevo. Un silencio profundo reinaba en la casa, y los criados dormían también.

Entonces volvió á su cuarto, abrió algunos cofres, recogió su ahorros, que eran bien escasos, después un paquete con flores marchitas y con cartas, y se echó un vestido obscuro. Apagó la luz y bajó la escalera con sigilo. La puerta de la casa estaba cerrada por dentro con una barra que la joven no pudo mover, pero abrió una ventana y saltó al jardín. La valla de bambú estaba cerrada con un pestillo que abrió Lon-Foo, volviéndolo á cerrar después; luego, medio oculta por uno de los dragones cubiertos de esmalte azul obscuro que había á ambos lados de la puerta, miró por última vez la casa y el jardín.

—¡Ah, querido Li-Tso-Pé! — dijo llorando: — quizá no vuelva á ver ese rinconcito donde he sido tan feliz; pero el cielo nos ha protegido disponiendo tu viaje. ¡Cuántos peligros amenazarían hoy al rival del emperador!

II

Lon-Foo atravesó con firmeza la plaza de Li-ou-li y se metió por una calle. La noche era obscurísima, el cielo estaba nublado y ninguna luz brillaba en las ventanas. La joven no sabía á dónde iba; andaba rápidamente tentando la pared con la mano, tropezando alguna vez, pero sin detenerse; pronto se arriesgó por una maraña de estrechas callejas, donde no se dormía aún. Se oían rumores de voces y risas, rayos de claridad pasaban por debajo de las puertas, y los papeles grasos de las ventanas se iluminaban vagamente. Lon-Foo, algo asustada, adelantaba con vacilación. Sin embargo, se atrevió á mirar por una rendija lo que pasaba en una de aquellas casas llenas de ruidos sordos, y vió varios borrachos sentados á la mesa con despreciables mujerzuelas. La joven dió un salto hacia atrás y huyó velozmente. De pronto, al volver una esquina, vió brillar las linternas de una ronda de policía.

—¡Ay! — exclamó. — ¿Qué será de mí si me cogen esos soldados, y cómo explicaré mi presencia en la calle después de haber tocado el segundo toque de vela?

Se había apoyado en una casa oscura y creyó oír una voz gangosa que contaba al parecer dinero. Lon-Foo llamó resueltamente á la puerta, prefiriendo hallarse entre ladrones á caer en manos de los polizontes que la hubieran llevado á su casa.

Abrieron, y la joven entró precipitadamente y cerró la puerta.

—¿Qué vienes á hacer aquí? — preguntó una vieja que estaba sentada sobre un montón de

harapos é informes despojos.—Las mujeres de mala vida no entran en esta casa. Ya te decía que no abrieras—continuó dirigiéndose á un hombre, cuya cara delgada y arrugadísima parecía una manzana cocida, y que miraba estúpidamente á Lon-Foo.

Abro cuando llaman—contestó.

Tranquílcese usted—dijo Lon-Foo,—soy de buena familia: he dejado el lugar paterno para huir de los malos tratos de mi madrastra, y, si he llamado aquí ha sido para no caer en manos de la ronda.

—Bueno; pues espera que haya pasado, contestó la vieja con la indiferencia de quien es harto desdichado para hacer caso de las desgracias ajenas.

Espera que haya pasado—repitió el viejo.

Después volvieron los dos á contar monedas de cobre, que corrían en el suelo con las uñas, sin hacer caso alguno de Lon-Foo.

Esta miraba á su alrededor; un farol redondo de papel, casi hecho pedazos, alumbraba extrañamente la única habitación de la casa. El suelo era de tierra, y cubrían el cuarto las tejas sirviendo de techo. No había muebles, pero raros montones de trapos de todas clases servían, al parecer, de sillas y mesas. Sobre uno de ellos había tapones desportillados de porcelana. Levantando los ojos, Lon-Foo no pudo agogar un grito de espanto, porque creyó ver en las paredes una fila de ahorcados que la luz de la linterna hacía oscilar y temblar. Veía distintamente los pies de algunos calzados con botas viejas de seda deslucida, y las cabezas de otros con el sombrero hundido hasta la barbilla. Mirando mejor, observó la joven que no había piernas en las botas, ni cabezas en los som-

breros, y que los ahorcados eran sencillamente trajes viejos, ajados, desteñidos y remendados, pero colocados muy cuidadosamente á lo largo de la pared. Lon-Foo se rió de su sorpresa. Una muestra descolorida que se colgaba de día á la puerta de la casa la enteró de que sus huéspedes eran prenderos, y dirigió su mirada á los habitantes de aquella morada miserable, que seguían contando las monedas de cobre.

—Aunque las cuentas mil veces—dijo por fin la mujer,—no habrá más.

—Sigue faltando la cuarta parte de un *liong*—contestó el viejo.

—Sí, y mañana el casero nos echará fuera y se quedará con nuestros trapos.

—¡Nos echará!—repitió el viejo consternado.

—Completaré la cantidad—dijo Lon-Foo, sacando una moneda de plata—con la condición de que me dejen ustedes pasar aquí la noche y cambien estos vestidos de seda por un traje de mujer del pueblo.

Ambos levantaron la cabeza, mirando á Lon-Foo, de cuya presencia no se acordaban; sonrióse la cara amarilla del viejo, y la mujer meneando la cabeza, dijo:

—Te estás burlando de nosotros.

—Nada de eso ¿tienes el vestido que necesito?—dijo Lon-Foo echando la moneda de plata entre las de cobre.

—Eres una buena muchacha, y el cielo te ha enviado á esta casa—contestó la vieja levantándose ligeramente.

Descolgó varios trajes que enseñó á Lon-Foo. Esta eligió uno casi limpio, compuesto de un ancho pantalón de tela parda, una túnica de algodón azul y un ancho sombrero de paja que fácilmente podía ocultar su rostro. Después la

vieja exparcíó un montón de andrajos en un rincón, y la cubrió con un pedazo de estera, diciendo á Lon-Foo:

—No puedo ofrecerte más cama que esa.

La joven se tendió en aquel lecho rústico.

Pronto se apagó la luz y no se oyó otra cosa que los ronquidos sonores de ambos viejos.

Lon-Foo no durmió. Levantóse al amanecer, se quitó su vestido de seda, se puso el otro, y sin hacer ruido salió de la casa.

El arrabal estaba aún desierto. Algunos perros flacos, olfateando el arroyo, poblaban únicamente las miserables callejuelas. La joven se apresuró á dejar aquel barrio sórdido y siguió una larga avenida que bajaba hacia el río. Pronto el *hijo mayor del Océano* extendió ante ella sus apiladas ondas.

El cielo matutino llenaba el río de reflejos plateados; una brisa casi insensible estremecía la superficie del agua y deformaba la imagen de una pagana situada á la orilla. Aves acuáticas plabán y aleteaban en los juncos, volaban las grullas desde la cima de los árboles, lanzando largos gritos, y en el horizonte las altas montañas mostraban vagos perfiles entre las brumas de color de rosa y lila del Oriente.

Lon Foo se sentó en la hierba, á la orilla del río azul, y meditó.

¿Qué sería de ella, sola, tan joven, y sin experiencia alguna de la vida? Sabía jugar al volante, cuidar flores, criar pájaros varios, pero no era apta para ningún trabajo manual en relación con su nuevo estado.

Sacó de la manga su bolsita y la vació en el regazo. Algunos *liangs* de oro sonaron alegremente. Algo era aquello, pero muy poca cosa

si había que vivir con aquella cantidad hasta el cambio de reinado; contó varias veces las monedas y se sonrió recordando á sus nocturnos huéspedes recontando las de cobre.

En aquel momento pasó un hombre cerca de ella, adelantó hasta la orilla del río, y llamó á alguien.

Un grito contestó al llamamiento y una barca deslizóse entre los juncos y atracó ante el hombre.

Este saltó á la barca, que se alejó de la ribera, y atravesó el río.

Lon Foo la siguió con la mirada. Era una de las embarcaciones llamadas *cham-pan*, en la cual se yergue un camarote cubierto de estera de bambú, y que sirve de habitación al barquero. Lon Foo observó que la embarcación iba dirigida por una mujer de edad.

—Está vestida como yo—pensó la joven,—de modo que mi traje es de barquera. De todos modos, es un oficio que me convendría bastante.

Después de haber dejado al pasajero en la otra orilla, la barquera llegó cerca de Lon Foo, quien se levantó y le hizo una seña.

—¿Quieres pasar?—preguntó la vieja.

—No; quiero que me informes de dónde podría comprar un barco como el tuyo.

—¿Nuevo ó viejo?

—Lo mismo me da.

—Si me lo pagas bien, cedería yo el mio y me iría á vivir con mis hijos, porque me voy haciendo vieja y me hace daño la humedad.

—¿De modo que me venderías tu barco? ¿Cuánto quieres por él?—preguntó Lon Foo con alegría.

—Tres *liangs* de oro—dijo á bulto la vieja.

—Voy á dártelos.

La barquera abrió desmesuradamente los ojos, y en cuanto vió brillar los *liangs* los cogió á escape, saltó á la orilla, y haciendo muchos saludos se alejó con rapidez. Temía que la joven se arrepintiera, puesto que le había vendido el barco en tres veces más de lo que valía.

Encontrarás en el camarote algunas provisiones y dos medidas de arroz que te doy de propina—le gritó al alejarse.

—¿Por qué se irá tan deprisa?— se preguntó Lon Foo.—Me habría convenido que me diera algunas nociones del modo de dirigir el barco.

En aquel momento llegó un aldeano á la orilla del agua y saltó á la barca, diciendo:

—Vamos, pronto, que tengo prisa, llévame á la otra orilla.

Lo Foo, bastante preocupada, bajó al *champan* con grandes precauciones, y después se sentó y cogió los remos, pero los manejó con tal torpeza, que la barca osciló, dió mil rodeos y adelantó muy poco.

—¿Estás loca?—gritaba el aldeano encolerizado—¿quieres hacernos zozobrar?

—No estoy aún bien despierta—contestó Lon Foo.

Al cabo llegaron á la otra orilla, y el aldeano, después de haber insultado violentamente á la barquera, se fué sin pagar.

Lon Foo al verse injuriada, sentía ganas de llorar, pero luego se repuso.

—¡Bah!—pensaba—si este hombre supiera que el emperador me pretende, se arrastraría á mis pies, hundiendo la frente en el polvo.

Durante el día, la joven se vió en mil apuros para dirigir su embarcación entre las muchas que surcaban el río; muchas veces estuvo á punto de zozobrar, pero por la noche ya podía

apostárselas con cualquiera á dirigir una barca por el río azul.

Rendida de cansancio durmió en la rústica habitación de esterilla de bamba, con un sueño que nunca había disfrutado en su linda alcoba.

III

Entre tanto, el emperador Hoaï-Tsong, á quien irritaban los obstáculos puestos á la satisfacción de sus deseos, estaba lleno de ira y había maltratado á un ministro, amenazándole con la pérdida de la cabeza si Lon Foo no parecía dentro de breve plazo. Agitadísima estaba la ciudad y el palacio, y se ofrecieron recompensas á quienes dieran noticias de la joven fugitiva. Á todas las provincias salieron correos, y pronto buscó el imperio entero á la hermosa Lon Foo amada por el emperador.

Llegó el rumor de la ventura á oídos de Li-Tso Pé, que había ido á defender las fronteras amenazadas por los Mongoles, y mordido en el corazón por la inquietud y los celos, abandonó su puesto en el acto y emprendió el camino de Nankin.

Ya se habían encontrado las huellas de Lon Foo; hallaron sus vestidos en casa del predero, que había dado la descripción del traje que tomó la joven. Súpose también que una barquera vieja del río azul, había sido sustituida de improviso por una joven de extraordinaria hermosura.

Noticlése, pues, al emperador que la que él buscaba era, sin duda, aquella barquerita cuyo origen nadie conocía.

Hoaï-Tsong quiso convencerse por sí mismo

y fué disfrazado á la villa del río y al lugar que le indicaron.

En el momento en que el emperador se aproximaba al *Cham-pan*, Lon-Foo, á la sombra del camarote, cantaba á media voz una canción que habia compuesto pensando en Li-Tso-Pé. Aguzó el oído el emperador, y oyó lo siguiente:

«Desde que me dejaste, amado mío, ya no vivo en tierra dia y noche, me mece el agua limpida del río azul.

»Cambió el soplo del otoño en oro el verdor. ¿Qué fué del tiempo en que nos apretábamos la mano entre las ramas, mientras caían las hojas amarillas?

»No valen todos los tesoros del emperador lo que la dulzura de tu mirada. Nada es su poder comparado con una palabra de tu boca.

»¿Dónde estás, amado mío? ¿Qué haces, mientras mis lágrimas, una á una, caen al río?»

—Bueno—pensó el emperador cuando Lon-Foo terminó su canción.—Ya sé ahora por qué me desdeña y ha huído.

Entró en la barca y Lon-Foo se levantó ligeramente.

Latió el corazón del emperador súbita y hondamente al verla de nuevo. Colmóle de alegría aquella sensación casi dolorosa, porque las emociones son raras en los omnipotentes.

—¿Joven, quieres conducirme á la otra orilla?

—Claro que sí. Mi oficio es atravesar el río á todas horas.

—No me parece oficio digno de ti.

—Me trae cuenta y sería yo inepta para otro cualquiera—contestó Lon-Foo, alejando el barco de la orilla.

—Esas manos tan blancas no se han hecho

para manejar toscos ramos. Ese rostro hechicero debe de tener los ataques del sol: debiera brillar bajo los techos del palacio imperial, y tu delicada mano empuñar un cetro de oro y pedería.

Al oír estas palabras palideció Lon-Foo, y mirando con espanto al hombre sentado frente á ella, le dijo con temblorosa voz:

—No te burles, señor, de una pobre aldeana como yo. Parecería allí una mancha de tinta en raso blanco.

—¿A qué fingir más, Lon Foo?—exclamó el emperador.—¿Por qué me haces padecer hace dos meses? ¿Por qué te ocultas, cuando para buscarte revuelvo todo el imperio?

—¡Dios mío! ¡Es el emperador!—exclamó la joven juntando las manos.

—Soy el emperador para todos; para ti, un hombre que te ama.

—¡Ten piedad de mí, gran emperador!—gritó Lon-Foo arrodillándose.

—¿Cómo? ¿Así acoges mi amor?

—No soy digna de él y ese honor me abruma. Te ruego que no te acuerdes más de mí.

—He oído tu canción hace un momento—dijo el emperador frunciendo el ceño.—He conocido los celos por vez primera. Tu amante está lejos, según decías, y si supiera su nombre moriría. Borra ese nombre de tu memoria y seca tus lágrimas. Voy á llevarte á mi palacio y darte un lugar entre mis esposas. La resistencia sería inútil, puesto que soy el amo y te quiero.

—¡Ay! ¡Perdida soy!—dijo la joven.

A una seña del emperador, cubriéronse de gente las orillas: estalló súbitamente alegre música; juncos empavesados, abriendo como un ala su gran vela de esterilla de bambú, ade-

lantaron por todos lados cargados de mandarines y altos funcionarios en trajes de ceremonia.

Viéndose prisionera de aquella multitud sometida al emperador, Lon-Foo desesperada, alzó la mirada al cielo y exclamó:

—Querido Li-Tso-Pé: quiera Dios que nuestras almas se unan algún día, porque en este mundo no nos volveremos á ver.

Y de un salto se tiró al río.

Terrible grito lanzó el emperador.

Los barcos llegaron rápidamente; muchos hombres se lanzaron al agua y se sumergieron en ella. Hoaí-Tsong no quitaba su vista del sitio donde había desaparecido Lon-Foo.

—¡Ahi... buscad ahi!—les decía.

Reaparecieron los mismos y volvieron á sumergirse, y pasaron varios minutos, que parecieron siglos á todos. El emperador pateaba de rabia y de dolor. Al cabo de una hora sacaron á la joven del agua. Había muerto.

Cuando depositaron el cadáver en la orilla, un guerrero bien armado llegó á galope, se apeó y atravesó la muchedumbre. Al ver á Lon-Foo extendida sin vida en la ribera, exhaló un grito desgarrador y se precipitó sobre el cuerpo de la joven.

—Amada mía—exclamó,—has cumplido tu palabra, has muerto por serme fiel y ahora estás como una flor de primavera sorprendida por la escarcha. No te habría podido yo salvar de la pasión del emperador, pero llego á tiempo para morir contigo; aun está tibia tu mano, tu alma espera á su compañera de viaje revoloteando en nuestro derredor. ¡No te impacientes, dulce Lon-Foo, aqui estoy!

Vióse brillar un acero, y corrió un arroyo de sangre por el suelo.

—Una sola gracia pido al emperador, y es que se me sepulse junto á aquella que ha muerto por mí—dijo al espirar.

El emperador estaba en pie, con los brazos cruzados, mordiéndose los labios, ocultando á la multitud su cólera y su dolor. Miraba con celoso odio el cadáver de aquel hermoso joven, preferido por la única mujer amada por el emperador.

—¿Hemos de acceder al deseo del difunto? ¿Enterraremos juntos á ambos amantes?—preguntó un mandarin.

—¡No! ¡Os lo prohibo!—dijo secamente el emperador.

Después se alejó y volvió á su palacio.

Poco tiempo después de lo acontecido, los Mongoles invadieron el territorio chino. Hoaí-Tsong, destronado, se suicidó. Fué el último soberano de la dinastía de los Mings.

Aun pueden verse en el cementerio viejo de Nankin las sepulturas de Lon-Foo y Li-Tso-Pé. A cada tumba da sombra una magnífica acacia. Están lejos una de otra, pero los dos árboles han extendido sus ramas, que se juntan y entrelazan.